

*Adelantamientos de la sublevación de Molón. – Nombramiento de Jenitas por generalísimo de las tropas. – Cruce del Tigris y exigua ventaja que logra este general. – Derrota total que sufre más tarde por Molón, y conquistas de este rebelde.*

Una vez dueño Molón de este país tan acomodado para establecer su trono (año -222), a más de que ya antes era formidable por la magnitud de su gobierno, ahora con la cesión que acababan de hacerle los generales del rey de todo el país abierto, y el ánimo que habían cobrado sus tropas con el buen éxito de los primeros ensayos, había esparcido el terror por todas partes y todos los pueblos del Asia desconfiaban poder hacerle resistencia. Su primer propósito fue pasar el Tigris y poner sitio a Seleucia; mas estorbado el paso del río por Zeuxis, que había quitado todos los barcos, tuvo que retirarse al campo que llaman de Ctesifonte, donde acumuló víveres para pasar el invierno.

Así que el rey supo los progresos de Molón y la retirada de sus generales, hizo ánimo a desistir de la guerra contra Ptolomeo, y volver sus armas contra este rebelde, por no dejar pasar la ocasión. Pero Hermias, tenaz en su primer propósito, envió por generalísimo de las tropas contra Molón a Jenitas Aqueo. «Basta, decía, que los generales hagan la guerra contra los rebeldes; pero contra los reyes es preciso que el mismo rey presencie las deliberaciones y los combates, como que en ellos va el sumo imperio.» Como gobernaba al joven rey a su arbitrio, continuó adelante, reunió las tropas en Apamea, desde donde levantó el campo, y se dirigió a Laodicea. De aquí el rey partió con todo el ejército, y cruzando el desierto penetró en un valle llamado Marsias, que situado entre los pies del Líbano y el Antilíbano, viene a quedar reducido a un desfiladero por estos montes. En lo más estrecho de este paso se hallan unos pantanos y lagunas, donde se cogen cañas odoríferas.

Este desfiladero está dominado por ambos lados de dos castillos, el uno llamado Broquis y el otro Guerra, que no dejan más que un estrecho camino. El rey, tras muchos días de marcha por este valle, y haber reducido a la obediencia las ciudades vecinas, llegó a Guerra, donde hallando que Teodoto el etolio tenía tomados con anticipación los dichos castillos, había fortificado el estrecho de la laguna con fosos y trincheras, y guarnecido con piquetes los sitios ventajosos; al principio pensó atacarle, pero como la fortaleza del lugar y la entereza en que estaba aún Teodoto le ocasionaban a él más daño que el que hacía, tuvo que desistir de su empeño. Y así, en medio del gran embarazo en que se hallaba, lo mismo fue recibir la noticia de que Jenitas había sido completamente derrotado y Molón había sometido todos los gobiernos del Asia superior, al instante dejó esta empresa, y marchó al socorro de sus propios Estados. Jenitas, que como hemos dicho anteriormente había sido enviado por generalísimo de las tropas, apenas se vio con mayor poder que el que esperaba, empezó a tratar con desprecio a los amigos y a proceder temerario con los enemigos. Mudó, sin embargo, el campo a Seleucia, y habiendo llamado a Diógenes y a Pitíadas, el uno gobernador de la Susiana, y el otro del mar Rojo, sacó sus tropas a campaña; y atrincherado con el Tigris, se apostó al frente del enemigo. Supo por muchos desertores que pasaban a nado desde el campo de Molón al suyo, que si cruzaba el río, todo el ejército de Molón se pondría de su parte, porque las tropas aborrecían a éste y amaban entrañable-

mente a Antíoco. Alentado con estas esperanzas, pensó pasar el río, simulando querer tenderle un puente por cierto sitio que formaba una especie de isla; pero como no disponía nada de lo necesario para este efecto, Molón cuidaba poco del propósito que fingía. Después puso gran empeño en reunir y aparejar barcos, entresacó de todo el ejército la gente más esforzada de infantería y caballería, y dejando a Zeuxis y a Pitíadas para defensa del real, marchó de noche como ochenta estadios por bajo del campamento de Molón, pasó sus tropas sin obstáculo en los bateles, y se apostó antes del día en un lugar ventajoso, bañado por todas partes del río, a excepción de una que estaba defendida por lagunas y pantanos.

Molón, que advirtió lo que pasaba, destacó su caballería para impedir a los que pasaban y acabar con los que ya habían pasado. Mas el poco conocimiento del terreno la hizo aproximar tanto a Jenitas, que no precisó de enemigos para su ruina. Ella misma se sumergió y precipitó en los pantanos, con lo que, imposibilitada de obrar, pereció en gran parte. Jenitas, persuadido de que con sólo acercarse se pondrían de su parte las tropas de Molón, echó a andar lo largo del río y acampó contiguo al enemigo. Entonces Molón, bien fuese por estratagema, bien por sospecha de que no sucediese en efecto lo que Jenitas se prometía, deja en el real todo el bagaje, levanta el campo durante la noche y hace una marcha forzada hacia Media. Jenitas, que creyó que Molón huía temeroso de su llegada, y poco satisfecho de la fe de sus soldados, se apodera con prontitud del campamento de los contrarios, y hace pasar a él su caballería y bagajes desde el otro campo que cuidaba Zeuxis. Reúne después el ejército; le exhorta a que confíe y conciba buenas esperanzas de la empresa, pues Molón había vuelto la espalda. Finalmente, les ordena que se cuiden y prevengan, porque al amanecer ha de seguir el alcance del enemigo.

La tropa, llena de confianza y abundante en todo género de provisiones, se entrega a la glotonería y borrachera, y, por consiguiente, al abandono que traen consigo estos excesos. Pero Molón, tras de haber andado un largo espacio, hace que tomen un bocado las tropas, vuelve sobre sus pasos, halla los enemigos desmandados y borrachos y ataca al amanecer su campamento. Jenitas, aunque le sobrecogió lo inopinado del caso y le fue imposible despertar a sus soldados aletargados con el vino, él, sin embargo, salió al enemigo con imprudencia y perdió la vida. A la mayoría de los que dormían sirvió de sepulcro su propia cama, el resto se arrojó al río e intentó pasar al campamento que estaba a la margen opuesta, pero los más fueron despojo de las aguas. En una palabra, todo era confusión, todo tumulto en los dos campos. Los soldados se hallaban aterrados y muertos de miedo, y como el campamento de la margen opuesta estaba a la vista y no había más distancia entre uno y otro que lo ancho del río, el amor a la vida hacía olvidar el ímpetu y peligro de la corriente. Era tal la enajenación y el deseo de salvarse, que todos se arrojaban al agua y echaban allá las bestias con sus equipajes, como si el río, por una cierta providencia, hubiese de coadyuvar sus intentos y pasarlos sin peligro al otro lado. De esto provenía que el río representaba el espectáculo más trágico y extraño, pues entre los nadadores fluctuaban los caballos, las bestias, las armas, los cadáveres y todo género de equipajes.

Dueño Molón del campo de Jenitas, cruzó después el río sin riesgo ni impedimento por haber huido Zeuxis, y se apoderó asimismo del campamento de éste. Realizado esto, marchó con el ejército para Seleucia, y tomándola por asalto por haberla abandonado Zeuxis y Diomedonte, su gobernador, pasó adelante y sojuzgó las provincias del Asia superior sin hallar resistencia. Señor de Babilonia y

del gobierno del mar Rojo, fue a Susa, de la que se apoderó también por asalto, pero fueron inútiles sus esfuerzos contra la ciudadela. Diógenes se había adelantado y metido en ella, por lo cual tuvo que desistir del empeño. Sin embargo, dejó gentes que la sitiase, y él con el ejército volvió a tomar el camino de Seleucia sobre el Tigris. Aquí, después de haber refrescado sus tropas con gran esmero y haberlas animado para las expediciones ulteriores, sojuzgó toda la ribera del río hasta Europo y toda la Mesopotamia hasta Dura.